

jeros. Cada depredacion, cada insulto, cada atentado cometido, por ejemplo, en la boca del Apaporis ó del Napo, por las tribus indijenas salvajes que habitan las riberas Granadina y Ecuatoriana, seria materia de una reclamacion mas o menos exigente, ante los Gobiernos respectivos, cuando estos no pueden garantizar todavia sobre dichas riberas el imperio de sus leyes, y la consiguiente seguridad de las personas y las propiedades. Si a pesar de lo poblado y civilizado de nuestros puertos maritimos, se nos ocasionan todos los dias disgustos mas ó menos grandes, que terminan en humillaciones, ó en sacrificios pecuniarios de dudosa justicia para exigirlos, ¿cuantas humillaciones no sufririamos, y que sacrificios no tendriamos que hacer, cuando penetrasen en aquellas rejiones salvajes las banderas de naciones mas poderosas que nosotros?”

“ Nos conviene, pues, *por ahora*, que las banderas Sur-Americanas sean las unicas que flameen sobre las aguas del Amazonas y sus afluentes. Esta restriccion saludable, no solo evitará los sinsabores que recela el Brasil, y de los cuales he apuntado un ejemplo, sino que favorecerá la nacionalizacion de los Buques Europeos y Norte-Amiecanos que aspiren á surcar esas aguas, en Venezolanos, Granadinos, Ecuatorianos, &c.”

IX.

Acusaciones de Moncayo contra el Perú, sus halagos hipócritas á España, y sus insultos contra Portugal y el Brasil.

En vista de los hechos referidos, comprobados por documentos, y de otros á que aun tenemos que replicar, de la segunda parte, conocerá el lector cuan injusto ó mal intencionado debe de haber andado el libelista, cuyos asertos nos damos la molestia de impugnar.

Las acusaciones hechas contra el Perú en la primera parte se hacen mas de notar, en vista de las caricias con que en ella Moncayo habla de España, de su jenerosidad y de sus incontrovertibles derechos al territorio Americano. Nos hace recordar la ridiculez con que, en el folleto anterior, nos decia que el reconocimiento del Ecuador por la España era

“un documento importante” en la cuestion de limites contra el Perú, y que equivalia á una sentencia.

En cuanto al Brasil, tal vez por que es monarquía, los odios de Pedro Moncayo son tales que solamente con la sonrisa del desprecio podrá ese gigante Americano responderle. Nada mas cuerdo que despreciar al sapo de la fábula que pensaba engrandecerse llenandose de viento. El sabio, el grande, el inmenso Pedro Moncayo no quiere con el Brasil “*comunidad de ideas ni de intereses*” ni quiere que el Brasil “*se asimile*” á nosotros, reniega de los aplausos que nuestros padres en 1822 dieron á la Independencia de ese pais americano y limítrofe nuestro, parece ignorar, a pesar de sus ardores democrático-liberales, que el Brasil es una de las naciones mas democráticas y mas liberales del mundo, y en su rabia de hacer á los Brasileños, mas estraños á nosotros, se complace, siempre que puede, en llamarlos *Portugueses*.

Y si somos abogados de la justicia debida á nuestros conterraneos los Brasileños, no podemos tampoco dejar de levantar la voz en favor de la madre patria de nuestros vecinos.—Diremos pues de paso [aun cuando por ello se enoje Pedro Moncayo] que la Nacion Portuguesa fué un pueblo grande, emprendedor y heroico, madre de hombres ilustres y bien hechores de la humanidad y de la civilizacion. Todos saben que Vasco de Gama enseñó á la Europa el camino marítimo de la India, que Fernando de Magallanes descubrió el estrecho que aun lleva su nombre, y que fué en la escuela de navegacion portuguesa, y surcando los mares en buques portugueses, que se desarrolló el genio del gran Geovés descubridor del Continente Americano.